

**DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Carles Gri, monje de Montserrat**  
**7 de noviembre de 2010**  
**2Mac 7,1-2. 9-14 / 2Tes 2,16-3,5 / Lc 20,27-38**

Queridos hermanos y hermanas: los saduceos eran la clase ilustrada de Israel. Pretendían saber muchas cosas y fácilmente ridiculizaban y despreciaban la fe de los sencillos y los pobres. Ahora, se acercan a Jesús para desacreditar la esperanza en la resurrección. Lo hacen a partir de un precepto de la Ley, según el cual, si un hombre casado moría sin hijos, el hermano, o el pariente más próximo, del difunto debía tomar por esposa la viuda del finado. Con esta disposición, se buscaba la continuidad del nombre de la familia y la permanencia de los bienes patrimoniales dentro del abrigo del propio clan. Por ello, el primer hijo del nuevo matrimonio era considerado como hijo adoptivo y heredero del primer marido (Dt 25,5-10).

Jesús no se deja atrapar por la argucia de los saduceos. Su respuesta es clara, nítida y contundente. La expone en dos puntos. En el primero, les hace ver que iban errados imaginando la vida *en la resurrección* como una continuación literal de la vida presente. El Maestro se vale de una creencia popular para hacerles ver su error. En efecto, era una tradición del pueblo que Dios no había dado esposas a los ángeles, porque estos no morían y, por tanto, no necesitaban de una descendencia. De manera similar, argumenta Jesús, pasará con nosotros ya que, en la Resurrección, seremos como los ángeles, entonces, es absurdo querer hablar de bodas, maridos y esposas. Dios lo será todo en todos, reuniéndonos, así, en una única familia, que tendrá un solo corazón y una sola alma.

En el segundo punto, Jesús les hace ver su error valiéndose de un texto sacado de los únicos libros que los saduceos admitían como Escritura de plena autoridad. Se trata de aquel pasaje del libro del Éxodo donde Dios se llama *Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob* (Ex 3,6). Cuando Dios se denomina de esta manera, hablando con Moisés, ya hace años y siglos que estos patriarcas han muerto. Pero Dios los considera vivientes. De hecho, no han muerto, él los conserva en su luz y en su corazón.

Hermanas, hermanos: este misterio de la resurrección, es decir: de nuestra participación en la vida eterna, debemos comprenderlo en el ámbito del amor. Sólo hay una manera genuina de amar y es hacerlo totalmente y para siempre. Por ello, Dios, el eterno, el inmortal, *el siempre joven*, en expresión de Bernanos, cuando inicia una relación de amor con el hombre, ya no quiere, ni puede, romperla nunca más. Abraham, Isaac, Jacob -nuestros padres en la fe- fueron los amigos de Dios. Pasaron ciertamente por la puerta de la muerte, pero, ésta les abrió una comunión plena, un amor indefectible y eterno. Jesús, el Maestro, cuando pronunciaba estas palabras, sabía que debía morir en el día del Viernes Santo; pero, también sabía que este día amargo era solamente la aurora tenebrosa del luminoso mañana de Pascua. En Cristo, pues, el misterio de la resurrección y de la vida eterna se mostró con toda su fuerza y con todo su fulgor. Por ello, nosotros, cristianos, podemos proclamar la victoria de la vida y de la comunión sobre la muerte y la soledad. El destino del hombre no es el absurdo angustioso de la nada, sino la plenitud de sentido de una comunión amorosa sin ocaso, ni fin.